

cuando termine que nos lo diga, si acaso vivimos para entonces.

ANUNCIA.—Clemente es muy joven...

AGUS.—Para Capitán General o para decano del Colegio de Notarios, muchísimo: ahora, para empezar con los palotes lo encuentro ya bastante zancudo y no hay temor de que se nos canije porque lo hagamos estudiar.

ANUNCIA.—¡Eres un exagerado!

AGUS.—Tú acertaste con lo que soy.

ANUNCIA.—Y yo creo... que Clemente...

AGUS.—(Atajándola.)—No sigas. Dificilmente se te ocurrirá algo más definitivo para terminar una conversación.

ANUNCIA.—Pero...

AGUS.—Vete, vete. Ya echaste la llave al arca de la familia.

ANUNCIA.—(Riendo.)—Pues adiós, gruñón.

(Mutis Anuncia por derecha.)

AGUS.—Si no fueran los míos reiría de mejor gana por este cándido desconocimiento de la vida que tienen todos ellos... ¡pero son los míos y hay que ampararlos!—(Queda un momento pensativo.)

ESCENA XI

AGUSTÍN y SACRAMENTO, por izquierda

SAC.—¿Te molesto?—(Al ademán negativo, avanza tímidamente.)—Vengo a pedirte que me perdones aquella tontada de antes... (Agustín la pregunta por señas y sonriendo, si es la de las lágrimas, y por señas y sonriendo también, Sacramento responde que sí.)

AGUS.—Si es menester que lo diga, lo diré perdonada.

SAC.—¿De todo corazón?

AGUS.—De todo corazón.

SAC.—(Enseñándole la misma golosina, envuelta en un papel, que antes cogió y dejó Agustín.)—¿Entonces?...

AGUS.—¿Qué es eso?

SAC.—¿Quieres partirlo conmigo?

AGUS.—(Riendo.)—¿El dulce de antes?...

SAC.—Para que no te imaginaras que fué desaire...

AGUS.—(Guardándose.)—Después. Vamos ahora primero al acíbar. Siéntate ahí... y cuidado con lo que se responde, que a mí me gus-

ta la gente muy sincera y muy leal.—(*Se sienta.*)
—Y no pongas esos ojos de espanto, que no he
venido de ogro ni voy a comerme nada.

SAC.—(*Con timidez.*)—¿Ni el dulce?

AGUS.—El dulce sí; luego.

SAC.—Bueno. Pregunta.

AGUS.—Vamos a ver. Aunque en mis cuen-
tas no son los años la cuenta mayor, compara-
do contigo soy muy viejo.

SAC.—Y muy sabio.

AGUS.—También comparado contigo.

SAC.—(*Riendo.*)—¡Conmigo vaya una gracial
Ayer fui a confesarme, como todos los sábados,
y el señor cura me impuso tres Avemarias por
los pecados y seis Avemarias por lo tonta.

AGUS.—¡Bien, mujer! Pero eso no debías de-
cirlo tú.

SAC.—¡Para lo que me sirve el callarlo!... Por
lo visto la tontería mía es de las menos disimu-
ladas...

AGUS.—Ya habrá a quien no se lo parezcas.

SAC.—En el pueblo, no.

AGUS.—Si en Villalinda no te aprecian, por
eso no te apures: cualquier día aparecerá un no-
ble señor de otra ciudad o un príncipe de otro
reino...

SAC.—¡Eso sí que me gustaría!

AGUS.—(*Riéndose.*)—Lo creo.

SAC.—(*Cortada.*)—¿He dicho una bobada?...
Bueno, pues ya lo sé; el sábado, una Avemaria
más...

AGUS.—Era algo de broma, sí, pero en ella
iba yo buscando el averiguar algo muy serio.
Sueñas con marcharte de aquí; luego, aquí, no
eres dichosa.

SAC.—¡Y por qué no he de serlo!

AGUS.—Eso quiero que me digas.—(*Sacra-
mento se entristece y Agustín, llamándola: ¡Sacra-
ral le hace seña de que no se permite llorar.*)

SAC.—¡Sería ofender a Dios si me quejara!
Tu madre, es una madre para mí; Anuncia y
Clemente, son como hermanos.

AGUS.—¿Pero te hacen rabiarse?...

SAC.—Como hermanos, ¡claro!

AGUS.—Vaya un ¡claro! para honrar a las fa-
milias. ¿Y mamá no interviene?

SAC.—Y me da siempre la razón a mí. Como
es tan buena, comprende de sobra que yo soy
quien más la necesito.

AGUS.—Si no tienes quejas ni estás retenida
contra tu voluntad... ¿por qué esas lágrimas?...
¿Por qué, Sacra?—(*Imperioso.*)—¿Por qué?...

SAC.—Si no me miras, te diré una cosa...

AGUS.—(Riendo, cierra los ojos.)—Díla.

SAC.—Vuelve la cabeza... para que no hagas trampas y me mires con el rabillo del ojo.

AGUS.—(Sacando su pañuelo.)—Véndame y si viene alguien diremos que íbamos a jugar a la gallina ciega.

SAC.—¡Con un catedrático!...—(Riendo.)—Y que me parece que tú has de jugar muy mal.

AGUS.—Muchas gracias.

SAC.—(Desconcertada.)—¡Ay!... ¿te ofendiste?

AGUS.—(Riendo.)—¡No, mujer! Tengo pocos orgullos, y esos pocos no están en los juegos de salón. Venga el secreto.

SAC.—Vuelve la cabeza.—(Agustín obedece.)—Tú sabes que desde muy pequeña me quedé sola en el mundo: tus padres tuvieron lástima de aquella sobrina sin amparo, de aquel pajarito que se cayera del nido... y me recogieron.—(Con ternura pero sin declamarlo.)—Dios se lo pague...

AGUS.—(Mirándola.)—Y tú ya lo vas pagando...

SAC.—¡No mires!

AGUS.—(Riéndose.)—Déjame...

SAC.—¡No!—(Va a colocarse detrás de la butaca en que está sentado Agustín, obligándole a que mire hacia el frente sin permitirle que pueda volver la cabeza.)—Era muy niña y aún pasaron dos o tres años sin comprender todo el alcance de mi soledad y del favor inmenso de tus padres. Cuando lo comprendí, me consagré a quereros y a servirlos en lo poquísimo que yo valgo.

AGUS.—(Sin volverse, coge una mano de Sacramento y le da una palmada afectuosa y tierna.)—¡Tontal!

SAC.—Cayó enfermo tu padre... y Dios no me hizo caso, que si no le salvamos. Yo ya me lo temía; ¿qué han de valer mis rezos allá arriba, en donde pedirán tanto los que son doctores y son mártires y son Papas?...

AGUS.—(Serio.)—¡Son Papas, sí!...

SAC.—Después vinieron tus oposiciones y ya Dios me hizo un poquito de caso, porque fui yo quien le pedí que te tocaran buenas lecciones en los exámenes.

AGUS.—Es posible...

SAC.—Hago cuanto puedo para no ser una ingrata. Tu madre es como una madre...—(En voz baja.)—pero no es mi madre, Agustín: tus hermanos son muy cariñosos conmigo... pero no

son mis hermanos: en ninguna parte podría estar mejor, ni igual siquiera, que lo estoy en vuestra casa... ¡pero no es mi casa, Agustín!

AGUS.—*(Atrayéndola, se levanta y la abraza.)*—¡Ven acá, tonta y más que tonta! Síguelo pensando; ya que no hemos tenido la suerte de merecer tu cariño completo. Pero desde hoy, en castigo, te queremos más aún...

SAC.—¡Agustín!... A nadie se lo he dicho, pero si no lo digo creo que me muero... y ahora, es como si me hubieran quitado una montaña de encima.

AGUS.—Vete... y ojalá que pronto vuelvas para decirme: Agustín, tu madre es mi madre, vuestra casa es mi casa, y ya no miro yo por la ventana con ansia de que llegue un noble señor de otra ciudad o un Príncipe de otro reino para llevarme de aquí...

SAC.—Te lo diré...

AGUS.—Ojalá. Vete...

SAC.—¿Pero quedas enfadado?...

AGUS.—Un poco. Vete, Sacra.

(Sacramento va marchando lentamente y como si quisiera todavía decir algo. Agustín se mete las manos en los bolsillos con un

gesto del que aparta una niñería; se encuentra el dulce, lo saca, lo parte por mitad y se come una, dejando la otra, envuelta, sobre la mesa. Sacramento lo mira, sonríe, va acercándose de puntillas a la mesa y coge la otra mitad del dulce. Agustín la ve y se echa a reír: ella, riendo todavía, se come el dulce y mutis por derecha.)

ESCENA XII

AGUSTÍN. JUANA por izquierda.

JUANA.—*(Acercándose y con gran misterio.)*—Señorito... le gusta a usted la pimienta?

AGUS.—*(Imitándola en el misterio y asegurándose de que nadie lo oye.)*—Según donde la pongas...

JUANA.—Porque la señora no consiente que eche mucha, pero si a usted le gusta cargaremos la mano.

AGUS.—No, no; pero lo agradezco.

(Mutis por izquierda después que haya entrado Florentino.)

ESCENA XIII

AGUSTÍN y FLORENTINO por izquierda.

FLOR.—¿Don Agustín Ximénez?

AGUS.—¡Don Florentino!

FLOR.—¿El señor catedrático de Anatomía de la Real Facultad de San Carlos permite que le felicite un humildísimo colega, el pobre médico titular de Villalinda...?

AGUS.—Primero un abrazo.

FLOR.—Y de los fuertes.

AGUS.—(*Haciéndolo sentar.*)—¿Qué tal vamos, don Florentino?

FLOR.—Matando... digo, pasando. Agustín, pasando. Ya quise verte ayer, pero no me dejaron volver al pueblo hasta las tantas de la noche.

AGUS.—¿Algún enfermo?

FLOR.—No; con los enfermos se despacha pronto: son los sanos los que no le dejan a uno terminar las visitas. Y total no era nada: una fiebre gástrica de aquel animalote de Juanón el de los molinos.

AGUS.—Me dijeron que se había quedado cojo de un golpe.

FLOR.—No: el golpe fué en una mano.

AGUS.—No importa: en Juanón eso es cojera.

FLOR.—Quizás... Y tú, ¿qué? ¿Estarás loco de contento?

AGUS.—Naturalmente.

FLOR.—¡Qué porvenir tienes, muchachol ¡Es para desvanecerse!...

AGUS.—Ya procuro dominarme, que si me dejara llevar del impulso, brincaría como un chicle.

FLOR.—Con motivo. Dicen que yo no soy torpe... y gano tres mil realitos anuales de igualas, tú que empiezas con tres mil pesetas, y quinquenios, ¡qué talento no tendrás!

AGUS.—Eso no es lógica.

FLOR.—Sí, sí; lógica de cliente. ¡Ya verás cómo acuden a tu consulta!

AGUS.—En ello confío, y tal vez dentro de diez o doce años pueda tener una posición sólida.

FLOR.—Y una fortuna. Poco sospecharás la alegría que tuve cuando se recibió el telegrama comunicándonos que ibas en el primer lugar de la ternal. Por tí no hay que decirlo, pero muchísimo porque rabiaban los que te negaban capacidad y entendimiento para llevarte la cátedra.

Eso sí, después del telegrama todos reconocían que eres una eminencia, un sabio, una gloria...

AGUS.—Sí, ya sé que estuve a dos dedos de ser declarado monumento nacional. Y anoche el señor alcalde, en un discursito conmovedor, me dijo que el Ayuntamiento había acordado, ahora, dar mi nombre a una calle y cuando yo me muera, encabezar la suscripción para mi estatua.

FLOR.—Es de agradecer.

AGUS.—Y se lo he agradecido, aunque me tomé la libertad de insinuarle que no tuviera prisa en lo de la suscripción.

FLOR.—¡No te quejarás del aura popular!... Y en casa, es una veneración lo que hay por tí. Cuando recibió la noticia, tu madre rezaba de gusto... tus hermanos andan un sí es no es desconcertados porque no se acostumbran a reconocer como eminencia a un pariente tan próximo... y la primita Sacramento, que se espantó al anuncio de tu llegada, quiso marcharse de aquí no sé para qué... y al fin decidió ponerse lo más guapa posible, si sé para qué...

AGUS.—¿Tratan mal a Sacra?

FLOR.—No, hombre; ¡qué disparate! Ahora lo que sí la tratan es en confianza.

AGUS.—A ver si es peor, don Florentino.

FLOR.—Y como ella es una sensitiva, y está aquí en la situación espinosa de las personas recogidas por caridad, siempre cree que estorba y algunas veces piensa que pretenden zaherirla. Pero no hay nada de eso: al contrario. Te advierto que ella es quien lleva todo el peso de la casa.

AGUS.—Me dolería sobremanera que mis hermanos fueran crueles...

FLOR.—Nada, nada: tranquilízate. Hay paz en el hogar. La única desdicha es que tu padre no haya vivido un poco más para presenciar el triunfo.

ESCENA XIV

DICHOS: el PADRE EUSEBIO por izquierda.

P. EUS.—Buenos días.

FLOR.—Ahí viene el mejor enemigo que yo tengo.—(Abrazándolo cordialmente.)—¿Y ese catarro, Pater?...

P. EUS.—(Saca un portamonedas de cuero, viejo.)—Le aposté una peseta a que no me curaba, y por contradecirme, que es su manía, me curó.

FLOR.—Guárdesela.

P. EUS.—No; lo perdido es debido.

FLOR.—Pues como yo no la he de tomar, mañana, saque del purgatorio un alma de a peseta...

P. EUS.—Don Florentino, don Florentino, ¿para qué hace cosas buenas y dice cosas malas?

AGUS.—¿Siguen ustedes peleándose?

P. EUS.—(Sonriendo.)—Hasta que reconozca la superioridad del ministerio que yo ejerzo y confiese que yo soy más útil que él para la humanidad, batallaremos sin tregua... y hasta ahora voy venciendo.

FLOR.—Porque plantea usted la cuestión de un modo capcioso.

P. EUS.—Tú juzgarás. Yo digo que todas las profesiones, todos los oficios y todas las maneras de vivir honradamente y de hacer bien a nuestros semejantes, son igualmente meritorias. Y añadido que dentro de ese mérito equivalente hay un puntito más a favor del bien que yo hago sobre el bien que hace el Doctor.

AGUS.—Son tan distintos que no hay paridad.

P. EUS.—Evidente; En ese terreno no hay pelea. Lo que discutimos es quién consigue mayores resultados.

FLOR.—Ahí empieza, ahí empieza.

P. EUS.—Sin meternos nunca en la diversidad

de fines de uno y de otro, es lo cierto que los dos nos dedicamos a salvar gentes. El que más salve, más útil es. ¿Quién salva más, él o yo?

AGUS.—Ya veo lo que es.

FLOR.—Y ahí está lo capcioso, porque a mí me cuenta solamente los enfermos que se curan.

AGUS.—Y como a don Eusebio no hay modo de echarle la cuenta de los que por él se salvan o no, si se los adjudica todos...

FLOR.—(Desesperado.) ¡Todos!

P. EUS.—(Riendo.)—Todos...

AGUS.—Es natural que ha de ganarle.

P. EUS.—(Riendo.)—Ande, don Florentino, humillese de una vez y reconozca su error.

FLOR.—No...

P. EUS.—Y aunque llegáramos a cotejar el balance y me venciera usted en el número ¿qué comparación puede haber entre miles de miles de salvaciones temporales y una sola salvación eterna?

AGUS.—Tiene razón don Eusebio.

FLOR.—¿Tú le das la razón?

AGUS.—Absoluta.

FLOR.—Si es por cortesía...

AGUS.—Y por convencimiento.

FLOR.—¿Y tú eres catedrático de Anatomía?
¿De Anatomía, Agustín?

AGUS.—¡De Anatomía, don Florentino!

FLOR.—Y crees en algo más que en los huesos y en la carne.

AGUS.—Claro que creo. Si no hubiera más que eso, ¿quién sería capaz de abnegaciones y de sacrificios? Y lo somos todos.

FLOR.—Y o no.

P. EUS.—Aún no hace ocho días que se quedó usted velando en la montaña.

FLOR.—Porque el enfermo estaba solo y era mi deber...

AGUS.—No, por el nombre no discutamos. Usted le llama deber, el Padre le llama caridad, yo le llamo amor, y todo es lo mismo y todo se parece a lo que muchos llaman alma.

FLOR.—Alma... ¡bueno!

AGUS.—Y además hace mucha falta que la haya, don Florentino. Si en mi madre no hubiera más que los huesos y los tendones y las fibras musculares, y los átomos de hierro y de fósforo que he visto y he aprendido en los cursos de Anatomía, eso, eso puede que fuera una mujer, pero eso, eso no es mi madre.

P. EUS.—Si tú supieras lo que me regocija oírte...

FLOR.—En el terreno sentimental, concedo, concedo.

ESCENA XV

DICHOS y ECHEVARRIETA por izquierda

ECHEV.—¿Dan permiso?

AGUS.—Pasa Echevarrieta, pasa. Celebro que vengas en este momento porque cortas una conversación que se remontaba en demasía.

ECHEV.—¿De estos? Sería la de siempre: que si la existencia del alma, que si la existencia del cuerpo... pero como yo no creo en nada de eso...

AGUS.—¿Tú no crees en la existencia del cuerpo?

ECHEV.—(Riéndose.)—Del cuerpo claro que sí.

FLOR.—Has dicho que no.

ECHEV.—(Desconcertado.)—Pues no sé cómo habrá sido el decirlo... ustedes dispensen si metí la pata.

AGUS.—¿Qué traes por aquí? Habíamos convenido en ir a tu despacho hoy por la tarde.

ECHEV.—Eso es. Y de paso a que hablemos una miaja.

AGUS.—¿Hay alguna novedad?

ECHEV.—Todas son novedades para el que no las sabe.

AGUS.—Cierto. ¿Qué ocurre?

ECHEV.—Pues ocurre... Mire usted, don Agustín, ¿quiere usted que vayamos subiendo las escaleras una a una?

AGUS.—Sí, hombre.

ECHEV.—Entonces, con el permiso de usted nos sentaremos para ir las subiendo más descansados. Estos señores son los albaceas testamentarios.

AGUS.—Ya, ya.

ECHEV.—Y como a veces tienen buen sentido...

P. EUS.—A veces... y gracias.

ECHEV.—Pues les he dicho que vinieran también.

FLOR.—No sabemos sino el deseo de que nos reuniéramos.

ECHEV.—Vamos con el principio. Su mamá de usted, don Agustín, es un ángel, una santa y una señora; pero su mamá de usted, don Agustín, cuando no está en Babia está en el Limbo.

P. EUS.—(*Reprendiéndole.*)—¡Echevarrieta... Echevarrieta!

AGUS.—Comprendo bien lo que tú quisiste decir.

ECHEV.—Miren ustedes... o me entienden ustedes por la intención o me callo, que cada uno dice las cosas como puede, y las barbaridades no son tan grandes si no hay un amigo cerca que se vaya encargando de avisar que son barbaridades.

AGUS.—Es verdad.

ECHEV.—Y como ustedes no van a dudar de que yo quiero a don Agustín y a los suyos, y de que yo les soy fiel, pues lo demás sobra. Así es que de todo lo que diga me hacen ustedes el favor de ir recogiendo lo que haya de verdad y me dejan ustedes quieta la salsa.

AGUS.—Respetaremos tu salsa. Habla.

ECHEV.—Bueno. Pues a la madre no hay que arrimarse para los asuntos: esa es mi idea. La chica... ponga usted cinco céntimos de persona y deme usted la vuelta. Y el chico... el chico, no porque sea hermano de usted, pero no le fio ni esa vuelta de los cinco céntimos.

P. EUS.—Eso es acusarlo de maldad. Repórtese usted, amigo Echevarrieta.

ECHEV.—Vamos a poner que no es maldad, para darle a usted gusto... pero el niño ya fué a mi oficina a decir que era el amo. Yo le contesté que bueno, que trabajara como amo, y a eso dijo que nones, que él no entendía así la propiedad. Resumen, que no hay más que usted, don Agustín, para ponerse al frente del negocio.

AGUS.—Yo no puedo.

FLOR.—¿Está usted loco? Va a tirar la cátedra y el porvenir seguro que se ha ganado?

ECHEV.—Yo empecé de obrero, llegué a contramaestre y ahora soy administrador. Mi opinión no es gran cosa, pero mi opinión es que en las carreras hay mucha fantasía: que todos se quieren comer el mundo al empezarlas, y luego, con la mayor parte, no hay ni para comer la familia.

AGUS.—Quizás sí, pero a mí no me conviene...

ECHEV.—Yo no digo lo que le conviene a usted, don Agustín; digo lo que le conviene a la fábrica. Y como no hay más que eso de fortuna, si eso se va al diablo...

P. EUS.—¡Echevarrieta!

ECHEV.—¡Pues el Padre Eusebio dirá lo que se hace con el diablo!... ¡Piénselo, don Agustín! En esta casa no hay más que usted. ¡Bien lo sa-

bía su pobre padre!—(Señalando al retrato.)— ¡Ay, si el pobre levantara la cabeza!...

AGUS.—Pero ese no es mi padre, Echevarrieta.

ECHEV.—¿Cómo que no?

AGUS.—No. Es San Nicasio o San Eduardo.

ECHEV.—¡Caray! ¡Y yo que me pasé veinte años apreciándolo!

AGUS.—Pues sigue apreciándolo, pero no como de la familia.

ECHEV.—Confieso que no lo había mirado mucho, pero como está en el sitio de honor...

FLOR.—Por el marco, que es de talla y magnífico...

ECHEV.—La razón del marco... ¡bueno! Volvamos al asunto.

AGUS.—Volvamos. ¿Por qué he de sacrificarme yo innecesariamente? ¿El negocio marcha bien?

ECHEV.—Usted lo dice...

AGUS.—La maquinaria es nueva.

ECHEV.—Y la hipoteca también.

AGUS.—¡¡Hipotecadall!

ECHEV.—Si no se paga el capital en ocho años, arramblan con máquinas y con fábrica. En

cambio, si se paga, después son seis mil duros limpios de polvo y paja.

AGUS.—Yo ganaré en Madrid para cancelarla.

ECHEV.—¿En cuanto tiempo? ¿Un año?

AGUS.—Más.

ECHEV.—¿Dos?

AGUS.—¿Yo qué sé...? Depende de mi suerte, de la clientela.

ECHEV.—¡Malo, malo! ¿Y por eso tan dudoso va usted a dejar que se pierda un negocio tan saneado? Me parece una grandísima burrada.

P. EUS.—¡Echevarrieta!

AGUS.—Es de la salsa...

ECHEV.—Si con orden salíamos ras con ras, con desbarajuste y sin que nadie mande... despidase usted de la fábrica.

AGUS.—(Levantándose.)—¡Echevarrieta!

ECHEV.—Y si a usted no le preocupa, que se despidan su madre y sus hermanos de usted.

AGUS.—Tú agrandas el peligro. Hasta hoy no hubo dificultad seria y no hemos tenido ni una merma.

ECHEV.—Pare usted el carro, don Agustín. Es verdad que en la casa no se rebajó una pe-

seta, es verdad que la pensión de usted se ha mandado cabal y a su fecha... ¿pero usted sabe que se despidieron veinte operarios, que yo no cobro más que la mitad del sueldo hace tres años y que su padre de usted se dejó allí la vida...?

AGUS.—¿Es verdad eso?

ECHEV.—Parte de la verdad.

AGUS.—¿Parte? ¿Aún hay más?

ECHEV.—(Se desabrocha el chaleco y del bolsillo interior saca un puñado de papeles, que desdobra y deja caer al suelo lentamente, hasta dar con la carta.)—Lea.

AGUS.—(Con espanto, pero sin gritos.)—¿De mi padre...?—(Se queda mirándola, con manifiesto terror para abrirla.)

ECHEV.—Más de un año lleva escrita, en un momento de apuros y cuando le dió al pobre el primer ataque, pero nunca me dejó que se la enviase con la esperanza de salir adelante y evitarle a usted el disgusto... «ya podré yo solo... ya podré yo solo...» ¡y no pudo! La víspera de morir, sin habla casi, me dijo: «La carta... la carta...» Y ahí está: lea, don Agustín.

AGUS.—(Mientras lee y entrecortando, como si fueran comentarios a la lectura.)—¡No... no...

no!... ¡no hay justicia ni razón para mandarme
estel ¡no... no!—(*Entrega la carta al cura y en
tanto que éste lee pasea diciendo: ¡no, no, no!*)

ELHEV.—Usted verá...

P. EUS.—(*Leyendo*).—«Hijo mío: he luchado
hasta el último momento defendiendo vuestra
fortuna, pero me faltan las fuerzas físicas y no
podré terminar mi labor. Tú eres el único para
sustituirme y para evitar una vejez dolorosa a tu
madre y a tus hermanos. Si algo vale mi ruego
te suplico, por amor mío, que te pongas al fren-
te de la fábrica...»

FLOR.—Eso no puede ser.

AGUS.—No, no puede ser.

FLOR.—Sería insensato que no recogieras el
fruto de tus estudios.

AGUS.—¿Renunciar a mi carrera? ¡No, y no,
y no!—(*Se queda parado delante del cura, inte-
rogándolo.*)

P. EUS.—Tu conciencia te lo ha de decir; si-
guiendo tu rumbo, bien harás... obedeciendo a
tu padre, bien harás... pero entre esos dos bie-
nes tú solo has de elegir el bien mayor.

AGUS.—Los ayudaré cuanto pueda, sacrificán-
dome cuanto sea preciso; pero seguiré mi rumbo,
el mío.

ESCENA XVI

DICHOS. DOÑA ANUNCIACIÓN, CLEMENTE, ANUNCIA Y
SACRAMENTO, por derecha

ECHEV.—Usted verá...

ANUN.—¿Qué pasa?

(*El cura le entrega la carta; Agus-
tín, rápido, se la quita de las
manos.*)

AGUS.—No.

ANUN.—Sí. Dame esa carta.

P. EUS.—Debe saberlo.

(*Agustín devuelve la carta; doña
Anunciación lee en voz baja;
Anuncia y Clemente leen abra-
zados a la madre; Sacramento,
un poco más distante, mira es-
pantada al grupo y a Agustín,
buscando en las caras una ex-
plicación.*)

ANUN.—¿Pero esto no es la ruina...?

P. EUS.—No...

ECHEV.—Sí, señora, sí.

ANUN.—¿Tú no nos abandonarás...?

AGUS.—¿Usted sabe lo que me pide?

ANUN.—(*Echándose a él.*)—¡Ay, hijo de mi alma!

AGUS.—¡No, no, no puede ser...!

ANUNCIA.—(*Cogiéndole la mano y besándosela.*)—¡Agustín! ¡Agustín!

AGUS.—¡No!

ANUN.—¡Por la memoria de tu padre!

AGUS.—¡Que es mi vida lo que me pedís, mi vida, mis ilusiones, no, no, no!

ANUN.—¡Sé buen hijo!—(*Llorando y besándolo.*)—¡Agustín! Agustín!

ANUNCIA.—(*Arrodillándose y besándole la mano.*)—¡Agustín, Agustín! Sálvanos, sálvanos...

AGUS.—No...

(*Mira a su madre y a su hermana, y al verlas llorando mira a Florentino y al cura, indeciso y lleno de piedad.*)

P. EUS.—Dios te bendecirá...

FLOR.—¡Que es una locura, una insensatez...!

ANUN.—Hijo mío, hijo mío, que no tenemos en el mundo a nadie más que a ti...! ¡Hijo mío... hijo mío... no nos abandones...!

AGUS.—(*Vuelve a mirarla y sonríe piadoso.*)

—Echevarrieta, a las tres todo el personal en la fábrica.

FLOR.—¡Que has de arrepentirtel ¡Piénsalo, piénsalo...!

AGUS.—Tú me presentarás.

ECHEV.—¿Como director?

AGUS. Sí.

ECHEV.—Bien está.

ANUN.—(*Gozosa.*)—¡Hijo, hijo!

ANUNCIA.—(*Idem.*)—¡Qué bueno eres!

SACRA.—¡Qué bueno eres, Agustín...!

FLOR.—¡Qué loco!

AGUS.—Madre, me gustaría más para trabajar el cuarto que da sobre el jardín.

ANUN.—(*Que le escuchaba embelesada, espantándose.*)—¡Que en él murió tu padre! ¡Ese no!

AGUS.—El padre no ha muerto. Arréglalo para mí...

FLOR.—¡Piénsalo, piénsalo!

AGUS.—(*Rechazándolo, sonriendo.*)—De esto, nada más ya...

ECHEV.—¡Usted va a ser el padre; pero usted es un tío! ¡Cuenta usted con Echevarrieta!

(*Doña Anunciación y Anuncia, gozosas; Sacramento, distante, mirando embelesada; Agustín*

sonriente, pero con un poquito de amargura; Padre Eusebio, encantado y haciendo signos de aprobación; Florentino, asombrado de aquel desatino; Echevarrieta, frotándose las manos de gusto; Clemente va retirándose.)

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Las ventanas abiertas y las contras entornadas, penetrando por ellas un foco del sol que inunda el patio. En escena más luces y más flores. Es en Julio, por la mañana. Doña Anunciación, de negro con algún cabo blanco. Las demás, traje de color. Los hombres, trajes claros, de americana.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ANUNCIACIÓN, SACRAMENTO, ANUNCIA y CLEMENTE, sentados; JUANA, de pie. Están terminando sus rezos.

ANUN.—Por la memoria de vuestro padre. Padre nuestro, etc.—(*Todos siguen el rezo. Mascullando.*)—Por los caminantes y navegantes. Padre nuestro, etc. Porque Dios conserve la salud de Agustín y la prosperidad de la casa. Padre nuestro, etc.

SAC.—Padre nuestro...

CLEM.—(*Aparte a Sacramento.*)—¡Y a los demás que nos parta una centella!

SAC.—¡Calla! Que estás en los cielos...

CLEM.—Qué voy a estar...